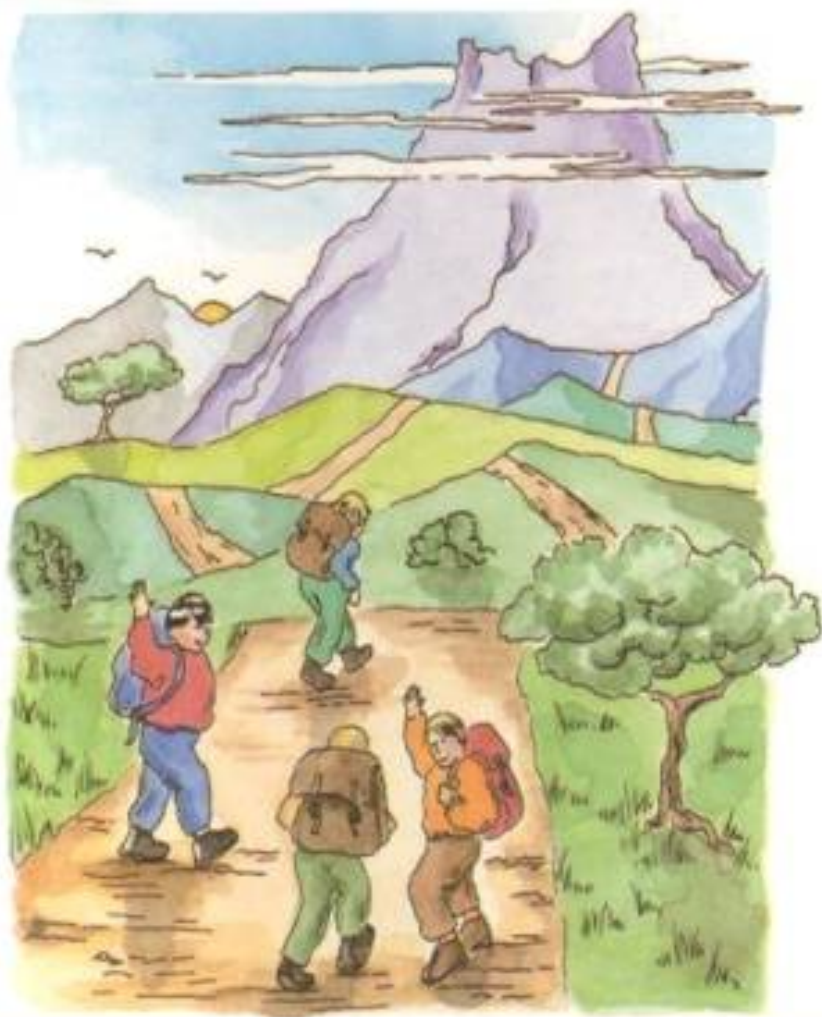


ala delta

Pablo

ZAPATA LERGA

**LA CUEVA  
DEL TOLOÑO**



¡Qué emoción explorar unas ruinas y descubrir un mundo de pasadizos subterráneos! Y más aún si se encuentran huellas de sociedades secretas, de alquimistas, quizá tesoros... Todo es posible para quienes tienen el valor de buscarlo, como ocurre en las clásicas novelas de aventuras.

Pablo Zapata Lerga se ha sentido siempre atraído por las historias del pasado, y ha soñado con encontrar un cofre lleno de joyas. Por fin, gracias a su imaginación desbordante y a su ágil pluma, pudo conseguirlo..., aunque sea sobre papel.

*A mis hijos, Pablo y Usúe.*

*En este libro se mencionan lugares reales,  
pero aparecen unidos  
a elementos de ficción.*

## Índice de contenido

Cubierta

La cueva del Toloño

I. Primera subida

II. Segunda subida

III. El cofre

IV. Una noche de incertidumbre

V. Los misterios del plano

VI. Más descubrimientos

VII. Últimos descubrimientos

VIII. Análisis de los hechos

IX. Últimos días

PROFECÍA DEL TOLOÑO

Notas

## I. Primera subida

**R**ECUERDO cuando mi padre me llevaba a pasear por las riberas del Ebro. Cuando los chopos se iban quedando sin hojas y el suelo se cubría de amarillo terroso. Solíamos sentarnos en las rompientes, donde el río culebrea amordazado para torcer su impulso. Me divertía tirando palos, como si fueran jabalinas, al centro de aquellos remolinos grandes. Cuando los engullía la espiral, yo sentía una sensación extraña, como un cosquilleo en el estómago. ¿Adónde irían? Imaginaba lo que me sucedería a mí si estuviera en la misma situación... No me podría mantener sobre la superficie, la corriente me arrastraría. O tal vez tuviera tiempo de agarrarme a una de esas ramas que bajan hasta tocar el agua. Una vez pregunté a mi padre:

—Si me tragara el río, donde está aquel remolino grande junto a la roca blanca, ¿adónde me llevaría?

—¡Vete a saber! Tal vez las aguas te arrastrarían y saldrías allá lejos; o irías por galerías ocultas, atravesando las entrañas del Toloño.

... El Toloño de nuevo. En aquellos paseos, lo veía a lo lejos; no dejaba de mirarlo. Tenía la punta cortada, con un aire misterioso, y hacia la mitad de su figura de cono truncado solía haber una corona de neblina... ¿Por qué tendría aquel monte la punta cortada?

Había oído contar que desde el Toloño bajaban hasta el río unas galerías subterráneas. Y ahora, mi padre me decía que si el río me absorbía podría llevarme hasta el monte por caminos escondidos.

Desde el colegio también se divisaba su silueta descolante. Mis compañeros decían que se contaban cosas raras sobre él. Mi padre, cuando le había preguntado, no había sido muy explícito. Ahora que él había sacado el tema, era una buena oportunidad para insistir.

—¿Hay galerías que bajan desde el Toloño? ¿Y adónde van? Cuéntame todo lo que sepas.

—Mira, hijo, yo no sé mucho de eso. Tu abuelo me decía que le habían contado que hay unos agujeros cuyo fondo no se alcanza. Dicen que, si aplicas el oído a ciertas rocas, percibes unos sonidos como de movimiento de corrientes internas, y que una vez tiraron piedras y se pudo oír por largo rato el ruido que hacían al caer. También se cuentan otras historias de tiempos pasados, pero vete a saber. Puede que todo sean habladurías.

En las clases de ciencias naturales estudiábamos la acción erosiva de las aguas subterráneas. Yo no atendía; no hacía sino pensar, y mirar hacia la cumbre —que se divisaba desde la ventana—, y recordar lo que había oído. ¿Cómo sería por dentro? ¿Y si yo echara unos kilos de colorante desde la boca de una de sus cuevas? Bajaría más y más hasta llegar a las aguas subterráneas; éstas, finalmente, saldrían coloreadas en el río, con lo que se demostraría la existencia de las galerías.

Lo comenté con mis compañeros: Moncho, Javier e Ignacio.

—¿Y quién te ha dicho a ti que existen esas cuevas? —preguntó Javier.

—Lo he oído varias veces; parece que es una tradición.

—¿Las ha visto alguien? —insistió Moncho.

—Claro que sí —me reafirmé—, pero al Toloño no se va todos los días. Mi abuelo decía que en las tradiciones siempre hay un fondo de verdad, que luego cambia con la fantasía de la gente.

—¿Por qué no vamos? —sugirió Javier.

Así era Javier, mi amigo de tantas aventuras. Decidido, siempre emprendedor.

Durante varios días preparamos todo lo necesario: cuerdas, piquetas, un hacha, mochilas, bolsas... y aquello que nos podía dar la clave de la cuestión, y en lo que teníamos puestas nuestras ilusiones: diez kilos de colorante y ocho velas, más un kilo de sebo que nos dieron en una carnicería.

A nuestros padres les dijimos que íbamos a escalar el monte y que haríamos una noche de acampada. En esto no veían peligro, ya que la subida no se apreciaba como peligrosa. La investigación que íbamos a hacer, ni siquiera la mencionamos.

Llegó el sábado. Era un amanecer tristón, desgreado en brumas bajas. Nos juntamos en la estación. Teníamos las caras alargadas y ojerasas. Los nervios y la inquietud no nos habían dejado dormir. Cada uno con su mochila, montamos en el autobús de línea y media hora después llegamos a la base del monte. Nos apeamos y comenzamos a andar.

Al principio no había dificultad alguna. Lo único que hacíamos era mirar hacia la cumbre e ir ascendiendo. Íbamos en fila, hablando poco; de nuestras bocas salían densos soplidos de vapor: la mañana se anunciaba primaveral, pero aún era muy fría. Tan fría que en zonas de recovecos sombríos podíamos pisar formas caprichosas de escarcha ramificada. Las botas, todavía limpias, se iban humedeciendo.

La cumbre aún estaba oculta, revestida de una densa niebla plomiza. Abajo, el sol nos hacía sudar ya, y las nubes se iban evaporando, como deshilachándose; muy lentamente al principio, luego muy rápidas. Se entreveía la mole majestuosa, imprecisa, con la punta truncada de color ocre. Nos quitamos los jerseys, nos desabrochamos las camisas,



y el sudor comenzó a empaparnos bajo la mochila. Llegamos a un pequeño rellano donde había un abrevadero abandonado y lleno de maleza. Ya no existían las ganaderías que en otro tiempo pastarían por la ladera. Cerca había un caserío semiderruido.

Faltaba poco. Era la parte más empinada, y presentaba cierta dificultad. Aquello ya se podía llamar escalar. Nos quedaban unos metros para llegar a la cresta de aquella cumbre descumbrada. Me agarré con las manos a una piedra del borde, di el último impulso y quedé balanceándome sujeto por la cintura, con los pies en el vacío y mirando hacia adelante. Ante mí apareció una especie de cráter. Fui recorriéndolo con la vista, y en el fondo me sorprendió algo totalmente inimaginado: un templo derruido. ¡Quién lo hubiera pensado!



Los cuatro, ya de pie sobre las aristas cortadas a pico, nos quedamos quietos. Ninguno se decidía a continuar.

—¡Quién iba a sospechar esto! —dijo Moncho.

—A mí nadie me había hablado de estas ruinas —añadí, como si fuera el culpable de haberlos puesto en aquella situación. Yo, que presumía de saber algo sobre el Toloño...

Bajamos la pendiente interior como si nos hubiéramos encontrado con un fantasma que nos atraía. ¡Cómo era posible que no supiéramos nada!

Dejamos las mochilas, e inmediatamente comenzamos a explorar las ruinas de aquel templo de aire medieval. Todavía nos daba cierto reparo separarnos. Moncho, que entendía de arte, apreció enseguida detalles que nos habían pasado inadvertidos.

—Parece gótico, pero también tiene elementos barrocos. Luego no es tan viejo, aunque debieron de rehacerlo sobre otro templo más antiguo.

—¿Lo destruirían en alguna guerra o se quemaría? —preguntó Javier (que sentía más inclinación hacia las aves, y hacia la zoología en general).

Moncho no hacía caso:

—Está claro que es barroco —aseguraba con aire serio y doctoral—, construido sobre un primitivo templo gótico. Los pilares internos son cilíndricos y ramificados, con arcos apuntados y restos de arbotantes. La portada es del siglo XVII —y así seguía, absorto, observando hasta los menores detalles.

Apenas quedaban techos ni tejados. Las paredes, mordisqueadas por el tiempo, se mantenían erguidas; los ventanales de arco trebolado eran perfectos, y sobre la puerta principal se veían, enhiestos, unos pináculos muy bien conservados. No había flores ni hiedras que pusieran color en aquellos sillares modelados por la erosión; sólo unos pequeños arbustos coronaban los muros desdentados, manchados de excrementos de buitres. En el canal de una gárgola se alcanzaba a ver un nido.

Moncho seguía sus indagaciones. Los demás habíamos empezado a dar vueltas, cuando de repente nos llamó:

—¡Venid, venid! ¡Mirad! Aquí todavía se ve una pintura sobre la pared. Parece pintada sobre yeso. ¡Quitad esa rama!

Aquella pintura se conservaba bien porque estaba en un rincón y tenía encima un tejadillo. Era la figura de un monje con largas barbas blancas y hábito marrón. La pintura de los ojos había desaparecido; quedaban dos agujeros grisáceos en los que crecía un musgo corto, muy oscuro.

Plantamos la tienda canadiense en medio del templo. Nos costó clavarla, porque el suelo estaba duro. Después de comer unos bocadillos nos dedicamos a explorar la zona.

Los buitres sobrevolaban los restos de las torres. El cielo inspiraba un sosiego que yo no había experimentado nunca. Dentro del templo había un ligero eco, con el que nos divertíamos dando palmadas; afuera, cuando nos callábamos, no se oía nada: el silencio más absoluto, tan denso que parecía hablar. Sólo algunos graznidos quebraban aquel ambiente monacal, en el que estábamos tan cerca y a la vez tan lejos de la civilización.

Habíamos ido con un plan y debíamos cumplirlo. Comenzamos por bordear lo que parecía un viejo cráter. No encontramos nada especialmente interesante. Las aristas se habían erosionado en formas redondeadas, con manchas blancas calizas. Ignacio, que era un enamorado de los fósiles, llevaba, en un viejo morral, un destornillador y una piqueta.

—Mira lo que hay aquí.

Me acerqué, imaginando que sería el fósil de algún animal. Pero no; Ignacio me dio la explicación correspondiente: se trataba de un trozo de madera fosilizada. Con cariño fue metiendo el destornillador con la mano izquierda, golpeó suavemente en los bordes con la piqueta, apalancó, y finalmente recogió con las manos el trozo de madera, aproximadamente de un kilo. Miraba emocionado su trofeo. Sólo por aquello —decía—, ya había merecido la pena.

Yo no pensaba igual: habíamos venido para algo más. En aquel momento no me interesaban ni el arte ni los fósiles.

les, y fui con Javier a recorrer las partes más bajas de la hondonada.

Estuve observando hacia dónde corrían las aguas de las lluvias. No veía nada especial, porque el suelo estaba cubierto de hierbas bajas y piedras demolidas. Javier cogió la piqueta y fue dando golpes secos y distanciados sobre las rocas que estaban a ras del suelo, en lo más profundo del hondón. Cuando el golpe retumbaba, lo repetía varias veces, mientras yo, aplicando el oído a la roca, intentaba apreciar el tamaño de la oquedad. Una y otra vez él golpeaba y yo rozaba con mi oreja la superficie. No se oía nada especial.

Entre exploraciones e investigaciones (con buenas pausas para comer y merendar) se nos había ido pasando el tiempo. Ya atardecía. El sol se fue enrojeciendo, granando las nubes. Se puso completamente rojo, color sandía, y luego nos dejó en sombras.

Preparamos los sacos de dormir. Encendimos lumbre y colocamos piedras alrededor. Mientras los otros echaban ramos de romero y espliego, fui a cortar trozos secos de boj para que el fuego durara más. Pero me volví rápido, porque detrás de unas zarzas divisé las orejas de un lobo. No dije nada, e inmediatamente nos pusimos a cenar junto a la hoguera. Las llamas proyectaban nuestros cuerpos en las paredes carcomidas de la vieja iglesia; sólo se podía ver un lado de nuestras caras, lamidas por huidizos reflejos negros y rojos.

Moncho puso el transistor; Ignacio silbaba mirando a lo lejos. Javier se divertía recorriendo con la luz de su linterna —con potentes pilas nuevas— las partes más altas de las paredes. Arriba, en el nacimiento de una arquivolta rota, un pájaro dormía. Javier iba a tirarle una piedra, pero le dije que no lo hiciera: no me agradaba que se rasgara aquel sosiego impregnado de algo, no sé de qué. Cogí una linter-

na, salí del recinto del templo, y subí hasta las rocas altas. A lo lejos se divisaban las luces de la ciudad. Por un momento me dieron ganas de avanzar, como si delante de mí hubiera una piel oscura, consistente. Me quedé sobrecogido por un rápido estremecimiento: mi cuerpo hubiera caído en el vacío. Impresionado, retrocedí hacia el templo. Las paredes hacían juegos fantásticos con el resplandor del fuego.



Me agaché para entrar en la tienda, donde mis amigos me esperaban algo inquietos.

—¿Qué has visto, que tardabas tanto? —me preguntó Ignacio.

—No he visto nada.

—¿Cómo se ve desde fuera el cuadro que formamos? —rió Moncho.

—Se aprecia poco. Ahora sólo se ve la arquitectura de las estrellas. Eso, Moncho, ¿a qué estilo pertenece?

—Ya salió el poeta. Eso pertenece al estilo «mente calenturienta noctámbula».

Cerré la tienda y me eché, con la mochila a la cabecera. Estábamos cansados y, con la tranquilidad de sentirnos mutuamente protegidos, pronto nos quedamos dormidos.

En medio de la noche me despertó un ruido ronco, repetido. Los demás dormían confiados. Me quedé quieto, contuve la respiración, y escuché: parecía el sonido de una voz humana. Cogí la linterna, abrí con cuidado la cremallera de la tienda, enfoqué al frente... Quedé sobresaltado. Un escalofrío —no sé cómo explicarlo— me corrió desde la frente, por encima de la cabeza, hasta la espalda, como si fuera un halo eléctrico. Sentí que mi carne se estremecía, y los dientes me castañetearon: la luz me mostró la figura clara y precisa de un monje arrodillado, con la cabeza ligeramente inclinada, y una larguísima barba blanca. Sus ojos no se veían bajo la cogulla. Apagué la linterna y, sin saber por qué, volví a encenderla. El monje seguía allí, pero el ambiente cambió. Fui calmándome; comencé a sentir olor a romero y a incienso, y una música serena, con cadencias medievales, envolvió el ambiente. Apagué otra vez. Por un momento mis ojos no vieron nada. Cuando se adaptaron a la oscuridad, los breves destellos del resto de nuestra hoguera me mostraron de nuevo la figura. Por encima del fraile orante había una pequeña nube, con manchas difusas que parecían hábitos monacales. Hacia esa nube subía, desde el hombre arrodillado, una cortina ondulada de hu-